

## LIBROS MÍOS EN UNA BIBLIOTECA MÍA

Palabras pronunciadas en la Biblioteca Municipal de Cuevas de San Marcos (Málaga)  
el día 22-IV-2022,  
en vísperas del día de San Marcos

J. Luque Moreno  
Prof. Emérito Honorario  
Univ. de Granada

*Si hortum in bibliotheca habes, deerit nihil* ("si tienes un huerto en la biblioteca, no faltará nada")  
Cicerón, carta (*fam.* 180: IX 4) a Varrón, principio de junio del 46 a. C.

0. Se cumple hoy un sueño que acariciaba desde hace tiempo; ver mis libros en la Biblioteca Municipal de mi pueblo. No todos; no me ha sido posible conseguir un ejemplar de todos; algunos están agotados. No son tampoco estos libros la totalidad de mis escritos; no ha lugar aquí para los aparecidos en revistas científicas o en volúmenes colectivos, que son otros tantos o más. Pero estos libros, ya catalogados y primorosamente colocados en las estanterías, son una representación suficiente y cubren de sobra mis anhelos.

Gracias, por tanto, de corazón al señor alcalde, que tan afectuosamente acogió hace unos meses mi propuesta. Gracias, asimismo, a la señora bibliotecaria, que con tanto esmero se ha ocupado de hacerla efectiva. Gracias, Mari Carmen; gracias, Jose.

Presentes desde hace tiempo en bibliotecas de todo el mundo y difundidos de sobra entre la comunidad científica, son estos libros míos libros técnicos, ajenos, por tanto, en principio, a la entidad y la función de esta biblioteca y a los intereses de sus usuarios habituales. A pesar de ello, tienen aquí un sentido, que voy a tratar de explicar.

1. Mi donación (así se la ha llamado, pero, en realidad, el donante en este caso recibe con la acogida mucho más de lo que dona) obedece a dos razones: la primera, corresponder al honor que generosamente me hizo en su día (acta del pleno de 25-XI-75) nuestro Ayuntamiento, presidido entonces por el alcalde, Antonio Cañete, cuando gané la oposición a la plaza de la Universidad Complutense de Madrid. Sean estos libros ahora, al final de mi carrera, muestra de que he procurado corresponder a la confianza que se puso en mí entonces, cuando empezaba.

Con todo, no es ésta la principal razón de mi ofrecimiento; la razón principal reside, ante todo, en un modo mío de ver las cosas, en una convicción mía de siempre: la de que hay que saber distinguir entre lo que uno es y lo que uno tiene o aparenta tener.

"Ser" frente a "tener", distinción reivindicada en nuestros tiempos por el psicoanalista freudiano y sociólogo marxista Erich Fromm<sup>1</sup>, pero que ya tenían bien clara los antiguos romanos y griegos e incluso indoeuropeos<sup>2</sup>, como muestran sus dos verbos de estado (*esse / habere*, *eînai / échein*): el estado del que es y el estado del que tiene; el de la esencia, por un lado, y, por otro, el de los envoltorios accidentales, las apariencias, el "haber" bancario, el "hábito", que, como sabiamente dice la voz del pueblo, no hace al monje. Ya se sabe: "aunque la mona se vista de seda..."

Esto ha de saberlo el verdadero sabio y actuar en consecuencia: uno no es lo que

---

<sup>1</sup> *To Have or to Be*, 1976.

<sup>2</sup> É. Benveniste, "Être et 'avoir' dans leurs fonctions linguistiques", *Bulletin de la Société de linguistique* 55 (1960) 113-134.

tiene, lo que ostenta, el papel que representa en el teatro del mundo; no es la fachada, sino lo de dentro. Uno es lo que es en lo más hondo de su ser. Un "ser" que comúnmente cuajó en su primera infancia, en su casa, en su pueblo, en su escuela, antes de entrar a competir en el mercadeo de la vida. (¿Os acordáis del misterioso "Rosebud" de "Ciudadano Kane"?).

Yo he hecho mi vida fuera, pero, gracias a Dios, nunca he perdido el sentido de pertenencia a Cuevas de San Marcos: yo soy de aquí y ese "ser de aquí" ha dado sentido, a lo que he hecho allí y lo ha condicionado; pero esto, lo que he llegado a "tener", ha sido, es, circunstancial, accidental; aquello es lo esencial, lo que "soy".

He vuelto aquí siempre que he podido: aquí he mantenido mi casa, aquí se han criado mis hijos, aquí he plantado mis árboles, aquí he contado con mis amigos de siempre. Y he vuelto no para hacer ostentación de lo conseguido fuera, sino todo lo contrario: para, despojado de los "hábitos", tener el privilegio de ser uno más, de ser lo que yo "soy": no el "doctor Luque" o el "profesor Luque" de los ambientes académicos, sino [esú].

Cuevas ha sido siempre, en este sentido, mi refugio; y mi terapia.

Se empezará así a entender el sentido de mi ilusión de ahora, al final del camino: la de que mis libros, una parte esencial de mi trabajo, de mi actividad profesional por ahí, fueran acogidos aquí, en la Biblioteca Municipal de Cuevas de San Marcos.

Son a primera vista, como ya he dicho, libros ajenos a la naturaleza de esta biblioteca y a los intereses de la mayoría de sus lectores. Pero son libros de aquí, en cuanto que, aunque han visto la luz fuera, hunden aquí sus últimas raíces. No son lo que son si yo no fuera lo que soy, si yo no fuera de aquí.

2. De aquí salí a los once o doce años e ingresé en el Seminario Diocesano de Málaga, donde recibí una educación extraordinaria, excelente, muy por encima de la habitual entonces. Educación religiosa, por supuesto, pero también académica y, por si fuera poco, musical.

Dicha educación, sin embargo, no hizo sino desarrollar, hacer crecer unas semillas que ya llevaba, las que me habían sembrado en mi casa, en la calle (nos criábamos entonces a la intemperie, correteando libres de acá para allá) y en la escuela, donde tuve la fortuna de un maestro ejemplar, un maestro en el pleno sentido de la palabra, don Francisco de Miguel. De su mano había adquirido los hábitos de la gramática, de la aritmética, de la observación de la naturaleza, del decoro en el dibujo y en la expresión artística, de la disciplina.

Y otro tanto me cabe decir de la música, que ha sido uno de los pilares (la pared maestra) de mi vida: fue en el seminario donde tuve ocasión de poner en práctica y desarrollar mi afición, donde aprendí el lenguaje musical, las técnicas del canto y del órgano, los principios de la armonía. Pero las semillas las llevaba de aquí: mi primera experiencia musical, que yo recuerde (con dos o tres años), además del canto de la Aurora, oído a lo lejos entre sueños y entre sábanas, remonta al violín de Antonio Torres, a cuyos sonos bailaban con frecuencia al anochecer las mozas en la casa de enfrente de la mía, la de Rosario Ramos, la de mi amigo Diego, emigrados luego todos ellos a América: allí se me grabó para siempre lo que con el tiempo supe que era "Begin the Beguine" de Cole Porter o el vals "Sobre las olas" del mejicano Juventino Rosas. Y, ¿qué decir luego de la guitarra de José Terrón y de las voces de sus hermanos Antonio y Dolores, y de su madre, M<sup>a</sup> la Cruz?; nunca olvidaré las guajiras que un día les oí cantar. Y otro tanto me cabe decir de la familia Alcántara en la música de banda ("La banda del

estaño"; eran todos hojalateros). Y, si en el Seminario desarrollé ampliamente mi conocimiento del canto gregoriano, las bases se las debo a Emilio Reina, "Emilio el sacristán", voz entonces solista de la liturgia, con su peculiar acompañamiento de armonio siempre en terceras y su no menos peculiar latín.

También el latín empecé a conocerlo, como todo el mundo, en la iglesia parroquial; aquí, como cualquier aspirante a monaguillo, memoricé, sin entenderlas, a ciegas, las obligadas respuestas al sacerdote al "ayudar a misa": *Introibo ad altare Dei :: Ad Deum qui letificat iuventutem meam...*

3. Aprendí en el Seminario la música, al igual que el latín, por inmersión, como ahora se dice. Y no fue malo el nivel que alcancé en una y otra cosa.

Llegué incluso a tocar habitualmente el órgano de la catedral de Málaga. Pero antes, ¡cuántas horas pasé durante los veranos luchando con los dos armonios de nuestra parroquia, a los que día sí día también había que sellarles los escapes de aire y parchearles asiduamente los fuelles para que soplaran con un mínimo de energía!

Fue entonces intensa la labor con el coro parroquial, polifónico frecuentemente, y de entonces arranca también lo que luego fue la rondalla, que tantas buenas experiencias nos traería y a la que terminarían incorporándose José Terrón con su guitarra y Salvador Alcántara con su flauta.

En el Seminario fue decisivo el magisterio de D. Manuel Gámez, el director de la *Schola Cantorum*. Y decisivo fue igualmente el ejemplo y el estímulo de Jesús López Cobos, compañero –unos años mayor– asiduo, en la afición musical y en las tareas de asistencia al padre Gámez (copia de partituras, ensayos parciales, acompañamiento de las voces al órgano o al piano, etc.). Ambos han fallecido recientemente; a su memoria he dedicado el último libro de los que ahí tenéis.

López Cobos, extraordinariamente dotado, aunque cursaría, como hice luego yo, los estudios de Filosofía y Letras (era mucho riesgo pretender entonces vivir de la música), se dedicó de lleno a ella, en concreto a la dirección coral y orquestal, en la que alcanzó las cimas internacionales que seguro que conocéis.

Ya me habría gustado a mí seguir sus pasos. Pero en mi caso dedicarme a la música era simplemente una quimera.

4. Cuando vi claro que mi vocación no era el sacerdocio, tuve la suerte de contar con lo que me ofrecía en otros campos el mismo Seminario: en efecto, el cardenal Herrera Oria, para facilitar la salida a quienes quisieran abandonar los estudios sacerdotales, había promovido por entonces que voluntariamente desde el propio centro se pudiera cursar "por libre" el bachillerato superior e incluso la carrera de magisterio. Fue la oportunidad que generosamente se me brindó y así, en el verano del año 60 o 61, cuando "me salí" del seminario, tenía terminado el bachillerato, era ya maestro y pude pedir una plaza de interino, interinidad que conseguí por aquí cerca, no recuerdo dónde.

5. A pesar de ello, con el nombramiento de maestro nacional interino en la mano, me arriesgué a probar suerte en la Universidad, a cuyas facultades de Filosofía podíamos acceder entonces los maestros previo un examen de ingreso.

Superada la prueba en Granada, me encontré así en el mes de octubre, sin solución de continuidad, cursando los estudios comunes de Filosofía y Letras. Pude hacerlo gracias a una beca del Patronato de Igualdad de Oportunidades, beca que, a condición de obtener calificaciones por encima de Notable, mantuve durante todos mis estudios universitarios. Eso sí, complementándola sin más remedio con el trabajo: a base de muchas clases particulares a domicilio.

Tuve en Granada maestros memorables, como el geógrafo Ángel Cabo, o el historiador Antonio Domínguez Ortiz, o los profesores Antonio Gallego y Emilio Orozco en lengua y literatura españolas.

Para no verme obligado a hacer la especialidad de Pedagogía, que era la única opción que se nos ofrecía a los maestros, tuve que hacer por libre el curso Preuniversitario durante el verano siguiente.

Con el PREU ya superado, me vi tentado de hacer la especialidad de Geografía; el mencionado Prof. Cabo, me lo propuso. Pero circunstancias que no vienen al caso me llevaron a optar por especializarme en Filología Clásica y a hacerlo en la Universidad Complutense de Madrid. Y allí me fui.

Cursé en ella los tres años de especialidad con maestros como Antonio Bellido, Santiago Montero, Antonio Tovar, Antonio Ruiz de Elvira, Francisco Rodríguez Adrados, José Sánchez Lasso de la Vega, Manuel Fernández Galiano, Agustín García Calvo o Sebastián Mariner, mi "maestro", por antonomasia, director de mi Tesina y de mi Tesis doctoral. Fueron tres años gloriosos, plenos de vivencias de todo tipo, académicas, culturales (cine, teatro, museos, etc.), sentimentales, políticas (batallas campales a diario con la policía que cercaba las facultades) y, por supuesto, musicales. Allí vi por primera vez una orquesta sinfónica en directo y pude seguir, entre otros, los conciertos de la ONE y de la entonces creada ORTV; allí me reencontré con mi amigo López Cobos, que entonces dirigía la coral de la Universidad, a punto ya de irse a Viena a estudiar dirección de orquesta.

6. Al año siguiente de terminar la licenciatura obtuve una plaza de Profesor interino (Ayudante/Encargado de curso) en la Universidad y gané las oposiciones a los dos cuerpos entonces existentes en la enseñanza media (hoy "secundaria"); el de Profesores Agregados y el de Catedráticos de Institutos Nacionales de Enseñanza Media, ambos entonces de gran prestigio académico y profesional. Con la primera pude coger plaza en Madrid; con la segunda, no, a pesar de haberla ganado con el número uno: por no sé qué motivo en vez de una plaza en Madrid, como era habitual, habían sacado a concurso ese año una de Barcelona, un instituto entonces más que prestigioso en Cataluña. Yo, sin embargo, la dejé para el siguiente en la lista (con gran escándalo de los catalanes, quienes, por otra parte, siempre me lo agradecieron) y escogí en su lugar la de Churriana de la Vega, en las inmediaciones de Granada, plaza que, además de acercarme a mi tierra, me permitía mantener los vínculos con la Universidad.

Y así fue; tras un año en Madrid, compatibilizando la enseñanza universitaria con la media, tomé posesión de mi cátedra de Churriana y pude seguir dando clase como interino en la Universidad.

Mantuve esta situación varios años (1969-1973 o 74) hasta que gané por oposición libre una plaza de Profesor Titular de Universidad, cuerpo recién creado. Dejé entonces la Cátedra de Instituto y me centré ya exclusivamente en la Universidad.

Por fin, en el otoño de 1975 gané, también con el número uno por unanimidad en reñidísima oposición libre (éramos muchos los aspirantes), una Cátedra de Filología Latina en la Universidad Complutense de Madrid. Cátedra que, para no tener que levantar la casa (ya tenía dos hijas granadinas), pude luego conmutar por una de Granada; la que he mantenido, tras un brevísimo paso accidental por la Universidad de Málaga, hasta mi jubilación.

Es la cátedra por la que este Ayuntamiento me homenajeó.

7. Éste es a grandes trazos mi currículum administrativo, mi hoja de servicios. Ininterrumpidamente los he prestado, como he dicho, desde que terminé la

carrera, en la Universidad.

Y la labor universitaria es por esencia una moneda de doble cara: incluye indisolubles la docencia y la investigación; no admite en modo alguno la una sin la otra; la investigación en la Universidad va intrínsecamente destinada a la enseñanza; la enseñanza en la Universidad mana directamente de la investigación: ha de ser necesariamente crítica y ha de incorporar en dicha crítica lo que el profesor va estudiando y publicando.

Y estos libros que tenéis ahí son una parte del fruto de mi tarea como investigador, investigaciones que he ido incorporando a mis clases diarias.

8. El campo de dicha docencia e investigación mías, continuación del de mis anteriores estudios universitarios, es el de la Filología Clásica, o, más exactamente, el de una de sus vertientes, la Filología latina.

Dichos estudios tienen como objetivo el latín, que, concurrente con el griego en el Mediterráneo de los últimos siglos anteriores a Cristo, dio lugar a ese fenómeno llamado civilización o cultura clásica, sobre la cual se sustenta toda nuestra cultura o civilización occidental. Se trata, por tanto, de estudiar todo lo relativo a ambas lenguas y sus correspondientes literaturas en el marco de aquella sociedad.

Es un campo amplísimo y complejísimo, que abarca desde los orígenes indoeuropeos de dichas lenguas (y de otras vecinas) hasta su transformación en las modernas lenguas románicas (o en el griego bizantino y moderno) y su pervivencia, en el caso del latín, como lengua de cultura casi hasta nuestros días. Y otro tanto hay que decir de su literatura, de sus escritos técnicos; de la historia de Roma, de su arte, sus ideas, creencias, costumbres, leyes, etc. Todo lo cual requiere el dominio de diversos medios técnicos imprescindibles, como la paleografía, la epigrafía, la papirología, la codicología, la numismática, etc. etc.

9. Como es natural, desde muy pronto, yo, músico frustrado, me interesé por todo lo relativo a la música en dichas lenguas, literaturas y civilizaciones.

Y ése ha sido el tema principal de mis estudios: la música en Grecia y Roma antiguas, su presencia en las propias lenguas griega y latina (los aspectos más musicales: el canto, la pronunciación, la fonética, la entonación).

Ése es el contenido de los libros que ahí tenéis, de algunos otros que no he podido conseguir por ahora e incluso de los que, Dios mediante, esperan ver la luz. Ése es el contenido de más de doscientos artículos en revistas o publicaciones científicas nacionales y extranjeras.

9.1. Reduciéndonos a los libros que aquí dejo, ése y no otro, por ejemplo, es el objetivo de los veintiún volúmenes de la serie *Scriptores Latini de re metrica (SLRM)*, una gran base de datos en la que, entre otras cosas, se recoge todo cuanto sobre música, métrica, prosodia, fonética y similares encierran los textos latinos conservados desde los orígenes hasta el siglo VII d. C.

Fue una empresa de enorme envergadura, en la que, dirigidos por mí, colaboraron muchos investigadores durante muchos años.

Un trabajo de lexicografía técnica, pionero en España, empleando recursos informáticos, balbucientes por entonces: cuando comenzamos a diseñarlo, ¡aún se introducían los datos en el ordenador mediante tarjetas perforadas!

Desde sus primeros resultados recibió los parabienes de la comunidad científica. Y aún hoy día, a pesar de haber sido sobrepasado por el insospechable desarrollo de la informática, sigue siendo ejemplo de riguroso estudio llevado a cabo por un equipo en

estrecha coordinación.

9.2. Tenéis ahí dos de los más importantes tratados latinos sobre música, el de san Agustín y el de Boecio (falta el correspondiente volumen de Censorino y Favonio Eulogio), que he estudiado y traducido en colaboración con varios colegas, algunos de ellos antiguos discípulos.

9.3. Los estrechos vínculos entre la música y el lenguaje, así como entre las dos disciplinas que los estudian, la gramática y la teoría musical, son el objetivo de otro grupo de esos libros: *Hablar y cantar; Accentus, el canto del lenguaje; Puntos y comas, La grafía de la articulación del habla;* etc.

9.4. Otros estudian directamente los versos latinos, su estructura funcional, su entidad literaria, su historia: *Evolución acentual de los versos eólicos en latín; Arsis, thesis, ictus; De pedibus, de metris; El dístico elegíaco; Conspectus metrorum.*

9.5. Otros, por fin, se han centrado en el desarrollo experimentado por dichos versos a lo largo de la historia del latín desde el indoeuropeo hasta las lenguas romances: *La versificación de Prudencio; Versus quadratus, crónica milenaria de un verso popular; Gaudeamus igitur, Historia y circunstancia.*

9.6. Muchas horas de trabajo he dedicado a la obra de los grandes poetas y versificadores, que he explicado y traducido en clase durante largos años. Siempre desde la perspectiva del significado literario de las formas métricas que empleaban y de la maestría en el empleo de los recursos métricos al servicio de la expresión artística.

Tal es, entre los libros aquí presentes, el sentido de *Una lectura de la bucólica cuarta* (Virgilio), de *Horacio lírico*, de *C. Valerius Catullus* o de abundantes trabajos sobre los versos del filósofo Séneca, que subyacen en los dos volúmenes de mi traducción de su teatro: sus diez *Tragedias* constituyen un corpus de extraordinaria importancia por ser las únicas conservadas completas después de las de Esquilo, Sófocles y Eurípides y por su decisivo influjo sobre el posterior teatro europeo: Shakespeare, Calderón, etc.

9.7. *Poder o no poder (impotens / potens) y Mare nostrum. Reflexiones sobre el léxico latino del mar* son dos estudios lexicográficos dentro del horizonte de la expresión poética; se analiza en ellos un léxico en buena medida poético, que da a entender la visión que sobre ambos conceptos y realidades tenían los antiguos romanos.

9.8. Y, ya en otra tesitura, pero, como tantas otras veces, desde la perspectiva de Cuevas de San Marcos, me he ocupado también, ¿cómo no?, de Granada, mi patria adoptiva; de la ciudad y de su reino, al que pertenece esta nuestra comarca antequerana. Llegué, en efecto, al tema a partir de un poema en latín de Juan de Vilches sobre la "Peña de los enamorados", poema que había conocido en el Seminario, de manos de Alfonso Canales. Fue esta composición la que me llevó a las demás del humanista antequerano, que, como tantos otros, de Rute, de Loja, etc., giraba cultural y administrativamente en torno a la Metrópoli. Y así, poco a poco, me fui interesando por la nutrida masa de testimonios de la época sobre la legendaria ciudad recién engastada como preciada joya en la corona cristiana.

Ése fue el origen de mi *Granada en el siglo XVI. Juan de Vilches y otros testimonios de la época*, corregido luego y aumentado en *Granada en el siglo XVI.*

*Testimonios de la época*. A ellos se añadió después *Granada 1540, un itinerario y una canción*, que, como reza su contraportada, "podría considerarse la primera guía turística de Granada".

10. Como suele ocurrir, todos estos libros no tardaron en hacer acto de presencia en bibliotecas de todo el mundo. Se difundieron pronto entre la comunidad científica, nacional e internacional, que los acogió con críticas elogiosas en las revistas especializadas. He dejado en nuestra biblioteca algunas de dichas reseñas, para que sean incorporadas a los correspondientes libros.

Han figurado estos libros desde su aparición en los repertorios bibliográficos al uso y cada vez más asiduamente son citados en los manuales correspondientes.

Hoy día circulan sin cesar por "la red", a través de la cual me llegan a diario numerosas menciones, consultas, etc.

Granada, y su universidad, como podéis ver por algunas de esas reseñas críticas, se convirtieron gracias a nuestros trabajos en centro de referencia de este tipo de estudios. Prueba de ello fue, por ejemplo, el éxito del "Seminario sobre métrica latina" que organizamos los días 6-9 de mayo de 1998, en el que, como demuestran las correspondientes actas (*Estudios de métrica latina, vols. I y II*), intervinieron especialistas de toda España, de Italia, Inglaterra, Francia y Alemania.

Hubo pronto correspondencia y colaboraciones asiduas con lingüistas y filólogos de todo el mundo y no tardaron las invitaciones a pronunciar conferencias o a intervenir en congresos, simposios o cursos de doctorado en universidades y centros nacionales y foráneos. Entre estos últimos puedo ahora recordar los de Lisboa, Coimbra o Aveiro en Portugal; Casablanca en Marruecos; París (Sorbona, Nanterre), Lyon, Caen, Toulouse en Francia; Heidelberg, Eistätt (Munich), en Alemania; Ginebra en Suiza.

Todo ello me ha brindado la oportunidad de conocer en persona a relevantes maestros de la profesión, trabar contacto más o menos estrecho, e incluso colaborar con ellos.

Particularmente provechosos fueron algunos encuentros especializados a los que se me invitó como experto. Recuerdo con especial deleite el celebrado en Ravello (Italia, 1999), a expensas de la Comunidad Europea, sobre manuscritos medievales de poesía-música latinas. Inolvidable es asimismo la reunión en el monasterio del Mont St. Michel (Normandía, 1998), donde nos enclaustraron a una serie de especialistas (latinistas, arabistas, científicos, historiadores, paleógrafos, etc.) en torno a un célebre códice salvado milagrosamente de las bombas cuando el desembarco al final de la segunda guerra mundial. Y tampoco puedo olvidar el encuentro ("Entretien") a puerta cerrada de seis o siete especialistas en el teatro de Séneca, convocados (2003) por la prestigiosa Fondation Hardt (Ginebra, Suiza).

Gratificante fue asimismo ver llevada al cine mi traducción de *Medea*, una de las tragedias de Séneca; y nada más y nada menos que por figuras como Nati Mistral, Fernando Fernán-Gómez o Esperanza Roy, reunidos por Javier Aguirre en su película (2006) *Medea 2*.

11. He aquí, pues, la historia de estos libros que hoy aquí dejo. Encarnan ellos mi trayectoria profesional, mi trabajo durante los últimos casi sesenta años.

Dinero poco he ganado: lo justo para ir tirando.

Satisfacciones, en cambio, he tenido muchas: ante todo la de la docencia diaria, el privilegio de dialogar cada mañana con los alumnos, transmitiéndoles lo que ellos necesitaban recibir y yo necesitaba ofrecer. Mil veces que renaciera, volvería a ser profesor.

Y, junto a la docencia, el gozo de estudiar asuntos que te interesan y de alcanzar resultados más o menos satisfactorios y en muchos casos reconocidos por la comunidad científica, renacimiento que te lleva luego a colegas y maestros que te enseñan, estimulan e incluso te honran con su amistad.

Esta ha sido mi vida pública, la que recogen los libros que desde ahora va a albergar esta biblioteca.

12. Pero, como empecé diciendo, en medio de todo este ir y venir he procurado no perder la que considero perspectiva correcta: la de que todo este ropaje, más o menos vistoso, ha sido, es, accesorio, contingente, accidental frente a lo esencial.

No hace mucho me invitó a merendar en la terraza del Alhambra Palace, mi amigo Jesús López Cobos, que en aquellos días ensayaba en Granada con no sé qué orquesta y coro "La creación" de Haydn, obra bien conocida por ambos desde nuestra adolescencia.

Allí, ante un crepúsculo casi tan hermoso como el que a Bill Clinton le pareció el más bello del mundo (el que ofrece el Mirador de San Nicolás), charlamos largo y tendido, ambos ya viejos, ya en retirada. Él, director titular de la Orquesta Nacional de España, del Teatro Real, de la Staat Oper de Berlín, de la Orquesta Sinfónica de Cincinnati, de la Orquesta de Cámara de Lausana; tras haber subido al podio de las mejores orquestas del mundo; de vuelta ya del Metropolitan de Nueva York, del Covent Garden, del San Carlos de Nápoles, de la Fenice de Venecia, de la Scala de Milán, etc., etc.

Tuvimos, digo, ocasión de hablar de lo divino y de lo humano; y, ¿cómo no?, de nuestros primeros pasos por la música. Y entre ellos nos vino el recuerdo de su estancia veraniega en mi casa de la calle san Cayetano, de nuestras experiencias musicales en Cuevas de San Marcos, arreglando partituras, ensayando con los armonios de la parroquia, preparando el coro para la liturgia parroquial (¿la de la Virgen del Carmen quizás?).

Ambos, mire usted por dónde, vinimos a parar a Cuevas y ambos, sin decirlo, sentimos que allí, en nuestros años adolescentes del Seminario, en nuestra niñez, llegábamos a lo esencial, a lo que un día fuimos y en el fondo seguíamos siendo. A nuestro "ser", mucho más grande que nuestro "tener", mucho más importante que los "hábitos" que la vida nos había ido poniendo. Así me lo dejó firmado en mi partitura de "La Creación" de toda la vida: "A Jesús Luque con la amistad de siempre y los mejores recuerdos de nuestros años jóvenes".

Yo, creedme, al margen de toda la farándula más o menos azarosa de mi vida profesional, me he sentido siempre, he sido siempre un niño de la postguerra en Cuevas de San Marcos (en el Cuevas de la posguerra, que poco tiene que ver con el de hoy); y en buena medida sigo siéndolo.

Un niño que, siempre un poco torpón, correteó por sus calles, por la Plaza, por el Paseo, por el Barrialto, por Los Llanos, por Los Barrancones, por Morana, por La Barca, por El Puente. Que revoloteó cada día, mañana y tarde, en medio de aquella bandada que esperaba bulliciosa en la calle La Grama, en la puerta de "la escuela", la llegada de don Francisco, el maestro respetado y querido.

El niño que iba luego a casa con el tiempo justo para comer y volver a las andadas, hasta la noche. Y allí en casa la familia, cálida y distante a la vez: mi padre, Juan Luque, un aprendiz de carpintero en su juventud, que, tras un accidente en el que perdió un ojo, puso una tienda como medio de vida, y mi madre, Ascensión Moreno, una mujer de bandera, excepcional donde las haya.

...



Ahora ya anochece, se aproxima ya la retirada; no puede estar lejos. Es hora de volver a casa, a la acogida de mis padres, junto a los que quiero reposar cuando me toque.

A casa vuelvo ahora entregando mis libros a la biblioteca de mi pueblo, devolviéndolos al sitio de donde en último término proceden.